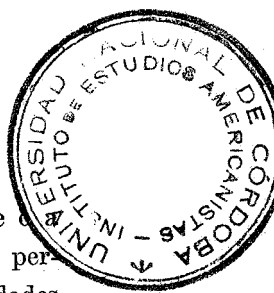


BELGRANO

El año 20 ha sido llamado el año del caos, y a fé que la República sin poderse constituir, era víctima de las ambiciones de los caudillos que todo lo arrollaban en su avance impetuoso y hasta arrogante, digno de otros motivos, si hubiera sido para fundar algo útil, alguna bella y humanitaria institución, y no sobre los catafalcos de los mártires de la libertad, sobre los escombros de las instituciones amontonados a lo largo de esa vía-cruceis o vía-crisis que atravesó el país entero, destacar el espectro de la tiranía que iba a cebarse, como la fiera en las entrañas de sus propios hijos.

Apena el espíritu y entristece el corazón, volver los ojos a ese pasado de ignominias, sin poder sacar otra enseñanza de la actitud de los hombres y de los acontecimientos ya pertenecientes a la historia, que el pobre concepto de lo que la multitud ignara y rebelde entendía por instituciones patrias. azuzada la gleba en sus desorbitadas contradanzas por el genio e ingenio de una política rastroera entre hermanos, por un odio que parecía inyectado, mediante artes maléficas, en el organismo de los hijos por los propios padres.

Era encarnación viva de este espíritu de anarquía la montonera orgullosa, pagada de sí misma, envalentonada por su bravura gaucha y tropelías insólitas, a cuya cabeza marchaba el caudillo o capitanejo, de vincha en la frente, tirador con pistoleras para el trabuco a la cintura, lanza y tercerola en la diestra, y fuertes bri-



das y nazarenas punzantes para echar el corcel a todo galope de furia desenfrenada por los campos, los montes y las sierras en persecución del bando enemigo, del hermano; o al asalto de ciudades indefensas y poblaciones al descubierto, en las que el saqueo y el asesinato eran la ley del talión, aplicada a sangre fría y como un arbitrio para fundar sobre la base del terror, un reino efímero o un gobierno de fuerza

Y ocurrió para agravar los males un suceso lamentable, y ese fué la muerte del general Dr. Don Manuel Belgrano

Repitamos con Rafael Obligado. ¿Quién dice Manuel Belgrano, sin que se sienta mejor? En efecto: el apóstol de la revolución que allá por el año 1820 estuvo en Córdoba, ya decaído el espíritu por el mal mortal que lo llevaría a la tumba—una hidropesía—fué todo un varón de sonados prestigios por su figuración histórica de tanto relieve. Alguien en un discurso patrio, en la Catedral de Córdoba, lo apellidó con toda justicia, el Matatías de la familia argentina. No fué menos: su fé, su religiosidad, su concepto del deber, su abnegación sin límites como hombre y como soldado; su porte distinguido y a la vez modesto; sus luces nada vulgares, siempre despiertas y siempre alumbrando; su carácter irreductible y firme como podía ser el suyo, templado en un patriotismo sano y sereno; su espíritu gallardo y recto que jamás abusó de la posición si no para creerse más obligado y más lleno de responsabilidades; culmina como vidente, hijo de la República, producto de la más genuina democracia, al crear para aquella el símbolo de todas sus grandezas presentes y futuras, la insignia patria, el pabellón bicolor que, desplegado por él en las barrancas del Rosario, se bañó entero en las glorias del Sol de Mayo al beso de su luz fecunda que entraba a vivificar estas regiones del continente americano, y al reverberar del armiño que tejía a nuestras cordilleras diademas de maciza plata; bandera por él creada en raptó de célica inspiración que, al flotar en lo más alto del palo mayor de nuestras naves de guerra y al tope de los edificios públicos y particulares, es como la

conciencia ciudadana, transuntada en algo inconsutil como el espíritu de la nacionalidad o el subjetivismo de las cosas sagradas, expandiéndose en el espacio libre, en efluvios de gloria, difundido por el patriotismo que sus bellos colores proclaman y anuncian a los pueblos de América, y en especial a los del antiguo virreynato del Plata, estremecido hasta en sus cimientos por el fragor de las cargas heroicas de sus granaderos, por el vibrante eco del clarín bélico, por la sacudida enorme y fuerte con que los pueblos rompen cadenas, desatan ligaduras y se lanzan a gozar de la independencia de todo otro poder extraño, por los campos y las ciudades de la patria que, se alfombran de laureles y se cubren de honor imperecedero, al paso de nuestros egregios visionarios.

Belgrano es la cumbre moral más alta del patriotismo argentino, por que supo armarse caballero y militar de esas legiones invictas, recogiendo de la panoplia histórica, el escudo de su fe inquebrantable y la espada con que trazó al general Tristán el camino de la derrota en Tucumán y Salta; y así pudo por esto mismo mandar aquel mensaje a Velazco gobernador del Paraguay que le intimaba darse prisionero de guerra: "Las armas de la patria no se rinden jamás en nuestras manos"

A través de los cien años corridos de su muerte han surgido en nuestra tierra los monumentos que le rememoran, y sobre todo, el monumento por excelencia de la obra histórica más copiosa y mejor documentada que le consagrara otro argentino ilustre. Todos en la medida de su capacidad han loado al héroe; el poeta templó su lira y hasta sopló en la trompa épica y en arrebatadas estrofas, hechas de luz y fuego, ofició de oráculo sagrado para contarnos las muchas bellezas de su alma, su sincero patriotismo, su austeridad de costumbres, las ternezas de su corazón y lo que en el apóstol, en el militar y ciudadano, había de grande y extraordinario.

Así fué que se le semblantara como propulsor de la instrucción primaria en el país, ya que por un rasgo suyo, genuinamente

propio, debían fundarse y sostenerse escuelas en Tarija, Jujuy, Tucumán y Santiago del Estero, con aquellos 40.000 pesos que le asignara la asamblea por sus gloriosas victorias; apóstol de la revolución, quiere armar al niño con el arma poderosa del libro, que edifica y no destruye, vislumbrando en las lontananzas de la patria la brava lucha contra la ignorancia y la barbarie que se trabaría, y en la que tendría un sucesor genial como Sarmiento; arma novilísima que empleada con éxito desde esa fortaleza que se llama la escuela pública, contribuiría en sumo grado y en grande escala, a la cultura y progreso de los hombres y las instituciones.

Entre las figuras clásicas, pues, de la revolución de Mayo, la personalidad del general don Manuel Belgrano, se destaca limpia y brillante, con caracteres inconfundibles en el cielo de la patria naciente; con un caudal de luz que acrecienta su volúmen de astro de primera magnitud y con el más grande ascendiente moral que argentino alguno haya tenido sobre su pueblo en su época, y sobre la posteridad, a través de los cien años de su muerte hasta el presente.

Al evocar su memoria bendecida por todos los labios y aclamada por todos los corazones, se siente como halagado el orgullo nacional, por algo muy nuestro: es que él supo encarnar y encarna en la ideología de los más austeros principios republicanos, lo que puede traducirse como la esencia, como el alma mater de todas esas cosas, u objetos, materiales unos, invisibles e inmateriales otros, impalpables, no violados por nadie, y que se sienten flotar en el ambiente de una democracia sana y joven y en la esfera de lo abstracto; aquello que es la vida en el orden de las creaciones humanas y de las instituciones u obras del hombre; que es el espíritu de las leyes y es la justicia nivelando los caminos de la libertad para la marcha de los pueblos; lo que pone en el músculo la fuerza y la energía en el alma y es escudo de defensa contra el avance de la ola y es instrumento de civilización y cultura bajo la denominación común de progreso: haber nacido para la gloria en la gratitud de la república.

Córdoba hará cien años lo vió asumir la responsabilidad de su generalato en el ejército del norte, ya herido de muerte por la enfermedad que poco después lo arrastró al sepulcro; y no obstante de ver él llegar a paso de gigante sus últimos días, no falló su gran espíritu ni menguó el valor del militar abnegado y del ciudadano pundonoroso.

Así dice el historiador local en su “Crónica de Córdoba”, tomo I, página 312.

“Se dirigió a Tucumán con el propósito de ponerse en curación. Sus compañeros de armas lo vieron alejarse con los signos tristes de la muerte; pobre, pobrísimo, en estado de pedir limosna para atender a sus más premiosas necesidades” (1).

Y afirma el general Mitre: (2)

“Al despedirse de sus soldados les dice: Seguid conservando el justo renombre que mereceis por vuestras virtudes, ciertos de que con ellas daréis gloria a la nación y corresponderéis al amor que os profesa tiernamente vuestro general”.

Una escolta de 25 hombres lo acompaña hasta los suburbios de Córdoba, y al separarse de él, echan pie a tierra y descubriéndose la cabeza le dicen sollozando: “Adiós, mi general. Dios nos lo vuelva con salud y lo veamos pronto”.

Esta acción tan sencilla como patética lo conmovió profundamente.

Al llegar a la primera posta del camino, le escribió al Dr. Castro, gobernador de Córdoba, manifestándole “que había tenido un día de abatimiento”.

Esta fué la última ovación que el vencedor de Tucumán y Salta, recibió en vida, dice el general Mitre.

Y el señor I. Garzón agrega: “Lo esperaban aún otros desengaños e ingratitudes que precipitaron sus últimos momentos”.

(1) Al morir lo único que le quedaba, el reloj, se lo regaló a su médico.

(2) H. de Belgrano. Tomo 3°. pág. 247.

A esa altura de la vida y en medio de tantos acontecimientos en que le tocó en suerte actuar, desastres y victorias, ya podía ostentar la palma del martirio o haberse sentido orgulloso, apretadas las sienes por tan gloriosos lauros; pero al grande hombre, ni lo abatió el infortunio, ni lo irguió la soberbia y fué grande siempre en todas las situaciones sin aspavientos ni holguras, como le correspondía en su carácter de iluminado y creador de esa santa religión de la bandera a la que le levantó altares en cada pecho de sus soldados, oficiando él de sumo sacerdote, cuando frente al arca santa de la libertad allá en Tucumán, en la casa histórica, a dos pasos de los campos de la ciudadela, la hacía flamear orlada con la luz de su pensamiento profético, al anunciar al mundo que ese vergel de la república sería a la vez sepulcro de tiranos; su alma comunicativa y creyente imbuida en la idea de un Dios justo, saturada del azul de su bandera predilecta y de su blanco immaculado, voló muy arriba con sus alas de cóndor a contagiarse de inmortalidad en las más elevadas cumbres; y así pudo en una ensoñación genial traer de la región empírea tan bellos colores para la insignia de la que había de ser una gran patria; lábaro que en sus unguidas manos oriflamaría de luz intensa toda la América y había de sacudir los espíritus de la nueva raza en una ascensión de gloria, conminando a los pueblos con gesto de héroe a cobijarse bajo sus pliegues ondulantes como caricias de madre, y a seguirla en sus derroteros mientras fuera haciendo sombra a los débiles en el despertar de las conciencias, del caos hondo al usufructo completo de la independencia.

Figura clásica la de Belgrano tonifica el patriotismo de los pueblos y de sus soldados, que advierten en él facies de conductor de multitudes a quienes fascina con su ingénita bondad; y de jefe militar en cuyo honor confían más que en el valor de otros predilectos hijos de Marte, porque él se eleva por arriba de las piezas de artillería y de los cañones para mandar con el imperio de sus propias virtudes: una conducta amasada de heroísmo frente

al deber ineludible y costoso; un concepto de la dignidad que lo afirma al muro de una voluntad de hierro para resistir a cualquier tentativa de soborno o debilidad; un corazón plantado en el pecho cómo cualquier incrustación de una piedra preciosa para irradiar solo cosas buenas, bellas y justas; una mirada certera hacia el horizonte lejano para descubrir entre la polvareda agitada por los vientos, lo que es la marcha de un ejército en tren de ataque, o las fuerzas coaligadas de la felonía y la traición, acampando cerca de sus huestes victoriosas para dividir las; un criterio basado en el más estricto espíritu de justicia, para llegar con él a profundizar el arcano insondable en que una política artera hundía al país recién libertado y al que se lo precipitaría en la más negra noche de duelo para las instituciones; varón de gloriosa estirpe que pone a contribución su sangre por la patria, lo mismo que las fuerzas físicas y morales en un holocausto tan hermoso que consume su propia vida en sus altares, en medio del fuego sagrado en que como una pira colosal arde el patriotismo de los argentinos en la ciudad de Tucumán.

Honremos la memoria del general Belgrano. Su vida fué una lección del más puro civismo que podamos de nadie haber recibido: su patriotismo de buena ley mana de su espíritu, como se exhala el aliento de la vida; sus costumbres austeras hacen de él un ciudadano de una contextura moral que la crítica y el examen respetan y admiran; pudo haber encabezado las cruzadas al Santo Sepulcro, como Godofredo de Bouillon, y por cierto que émulo de éste en la fe, luchó por fundar una patria libre de toda tutela extraña y ajena a todo culto idolátrico; alimentó su alma en el credo de la revolución, y se afianzó en el evangelio cristiano para sentirse siempre fiel a los dogmas de su conciencia y a los preceptos de su moral, que encuadraban todos en el cánón de una vida consagrada toda entera a la patria; jamás enturbió su corazón de una pristina hermosura con residuos que pudieran arrastrar las diversas corrientes de opinión y de aluvión, con que tuvo que

tropezar, y por el contrario, altivo en la mala suerte resistió a los reveses con magnánima abnegación, así como ni se embriagó con el triunfo de que se coronó en más de una de sus proezas.

Por todo esto que llevamos dicho, por lo mucho que dejamos de decir, fuerza es que confesemos para epilogar este artículo panegírico, que la república en el centenario de la muerte del general Dr. Manuel Belgrano, ha sabido sentirse tan patriota cómo él, y se ha honrado ella misma al decretar la apoteosis de honores oficiales y populares, con que se ha glorificado al apóstol de la revolución, al creador de la bandera, al héroe sin rival de Tucumán y Salta.

JUAN JOSÉ VÉLEZ
